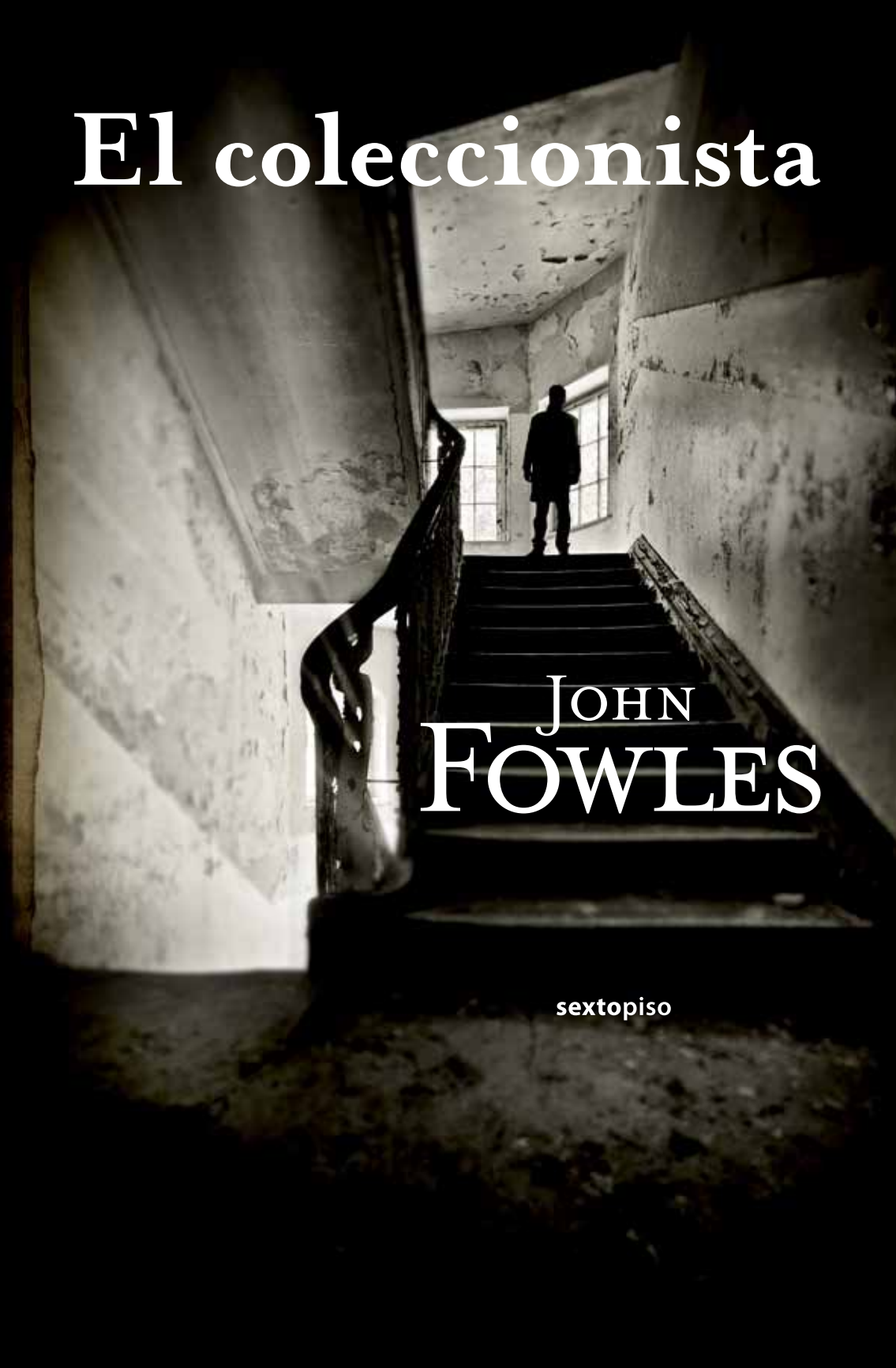


El coleccionista



JOHN
FOWLES

sextopiso

El coleccionista

El coleccionista

JOHN FOWLES

TRADUCCIÓN DE ANDRÉS BARBA



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original:
The Collector

Copyright: © J.R. Fowles, 1963

Primera edición: 2012

Traducción
ANDRÉS BARBA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2012
París 35-A
Colonia del Carmen
Coyoacán, 04100
México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Camp d'en Vidal 16, local izq.
08021, Barcelona, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGÓ

Formación
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-15601-04-3
Depósito legal: M-23466-2012

Impreso en España

que fors aus ne le sot riens nee

Cuando ella regresaba del internado y pasaba alguna temporada en la ciudad solía verla casi todos los días porque la casa en la que vivía estaba justo enfrente del anexo del Ayuntamiento. Salía y entraba con su hermana pequeña, acompañada a menudo de otros chicos jóvenes, cosa que, como es lógico, no me agradaba. Cuando las carpetas y los libros me daban un respiro me ponía de pie junto a la ventana y miraba sobre la carretera esperando encontrarla. A última hora de la tarde lo consignaba en mi diario de notas, al principio con una X y luego, cuando supe su nombre, con una M. También la vi en la calle varias veces. En una ocasión estuve justo detrás de ella en una cola en la biblioteca pública de Crossfield Street. No me miró ni una sola vez pero pude observar su cabeza por detrás y su pelo recogido en una larga coleta. Era muy pálido y sedoso, como los capullos de Burnet.¹ Siempre llevaba el pelo recogido en una única coleta que casi le llegaba hasta la cintura y que a veces le caía por la espalda, otras de lado y otras por delante. Hubo sólo una ocasión, antes de que viniera aquí como mi huésped, en la que tuve el privilegio de vérselo suelto. Era tan hermoso que casi me dejó sin respiración, parecía una sirena.

Hubo también otra ocasión, un sábado libre, en que fui al Museo de Historia Natural y regresamos en el mismo tren. Se sentó a tres filas de distancia de donde yo estaba sentado y en el mismo lado y se puso a leer un libro. Pude observarla durante treinta y cinco minutos. Siempre que tenía ocasión de observarla tenía la sensación de estar atrapando un ejemplar muy raro, de que mis movimientos debían ser muy

1 Burnet (*Pimpinella Saxifraga*). (N. del T.)

cautelosos. Tenía siempre el corazón en la boca, como suele decirse. Una Amarilla Pálida,² por poner un ejemplo. Siempre pensé en ella de esa forma; utilizando palabras y formas esporádicas y elusivas, y muy refinadas también... no como las otras, ni siquiera las hermosas, palabras de verdadero conocedor.

El año que todavía iba al colegio no sabía quién era, sólo que su padre era el doctor Grey y que una vez escuché por casualidad en una de las reuniones de la Sección de Insectos algo acerca de que su madre bebía demasiado. El comentario consistía en que alguien la había visto en una tienda y que tenía todas las señales típicas de la gente que bebe; la voz pastosa, demasiado maquillaje, etc.

En fin, luego apareció aquello del periódico local en donde se decía que había ganado una beca y lo inteligente que era, y también su precioso nombre: Miranda. Así fue como me enteré de que vivía en Londres y de que estudiaba arte. Aquel pequeño artículo marcó un antes y un después. Fue como si de pronto nos hubiésemos vuelto íntimos, aunque, por supuesto, ni siquiera nos conocíamos en la realidad.

No podría decir qué fue lo que sucedió exactamente, pero desde la primera vez que la vi supe que era ella la que había estado esperando. No estoy loco, por supuesto, ya entonces sabía que era un sueño inalcanzable, y habría seguido siéndolo si no hubiese sido por el dinero. Solía fantasear con ella, imaginaba episodios en los que nos conocíamos de pronto, situaciones en las que yo me comportaba de una manera admirable, me casaba con ella y todo eso. Nada de cosas desagradables, eso no sucedió hasta lo que explicaré luego.

Ella pintaba sus cuadros y yo cuidaba de mi colección (hablo de mis fantasías). Ella me amaba tanto a mí como a mi colección, no dejaba de dibujarlas y colorearlas y los dos trabajábamos juntos en una habitación de esas casas modernas que tienen unos ventanales enormes. Íbamos juntos a las

2 «Pale Clouded Yellow» (*Cynthia Virginiensis*). (N. del T.)

reuniones de la Sección de Insectos y en vez de estar callado por temor a equivocarme y hacer el ridículo, los dos hablábamos mucho y éramos de lo más populares. Ella estaba preciosa con su pelo rubio platino y sus ojos grises y el resto de los hombres, por supuesto, estaban verdes de envidia.

Sólo había cierta situación en la que no tenía bonitos sueños con ella; cuando la veía con cierto joven, el típico gallito de colegio de ricos con coche deportivo. Recuerdo una ocasión en la que estaba a su lado en el Barclays esperando para hacer un ingreso y que le oí decir: «Démelo todo en billetes de cinco». La gracia era que estaba cobrando un cheque de diez libras. Todos se comportan de la misma forma. En fin, la vi varias veces subiéndose a su coche, o a los dos en él cruzando la ciudad, y cuando eso ocurría me comportaba muy secamente con mis compañeros de trabajo en la oficina y no ponía la X en mi diario de notas entomológicas. Todo eso sucedió antes de que ella se fuera a Londres y le dejara. Aquellos eran los días en los que me permitía a mí mismo tener sueños malos. Ella casi siempre lloraba y estaba arrodillada. Hubo una ocasión en la que incluso me permití soñar que le cruzaba la cara igual que había visto a un tío en una obra de teatro que pusieron en la tele. Tal vez empezó todo en ese instante.

Mi padre murió en un accidente de tráfico. Yo tenía dos años. Ocurrió en 1937. Estaba borracho cuando ocurrió pero la tía Annie siempre aseguró que había sido mi madre la que le había empujado a la bebida. Nunca me llegaron a contar lo que sucedió realmente pero lo cierto es que ella me abandonó justo después de que ocurriera y me dejó con mi tía Annie. Lo único que quería era pasárselo bien. Mi prima Mabel me dijo en una ocasión (éramos niños y sucedió durante una pelea) que era una mujer de la calle y que se había fugado con un extranjero. Yo tuve una reacción estúpida; fui directo a mi tía y se lo pregunté. Si había algo que ocultar no cabe duda de que lo hizo. Al día de hoy ya ni siquiera me importa si está viva, no quiero conocerla, no tengo ningún interés. La tía Annie solía decirme

que había hecho bien en marcharse, utilizaba esas mismas palabras, y yo estoy de acuerdo con ella.

De modo que los que me criaron fueron mi tía Annie y mi tío Dick, junto a su hija Mabel. La tía Annie era la hermana mayor de mi padre.

El tío Dick murió cuando yo tenía quince años. Eso fue en 1950. Habíamos ido a pescar al embalse de Tring y yo me alejé con mi red y mis cosas, como siempre. Cuando me entró el hambre regresé al lugar en el que le había dejado y me encontré un grupo de gente. Al principio pensé que había pescado un pez enorme, luego me enteré de que había tenido un ataque. Le llevaron a casa, pero no volvió a hablar y no fue capaz de reconocernos nunca más.

Aquellos días que pasábamos juntos, aunque no fuera exactamente juntos todo el tiempo porque yo siempre me iba por ahí a buscar ejemplares para mi colección mientras él se sentaba en las rocas con sus cañas, aunque el único tiempo que pasáramos juntos fuera el de la cena y el del camino de regreso a casa y de ida hasta allí, fueron sin duda los días más felices de mi vida. A la tía Annie y a Mabel les encantaba despreciar mis mariposas cuando yo era pequeño, pero el tío Dick siempre me apoyaba. Era un gran admirador de las buenas composiciones y cada vez que traía una nueva Imago sentía lo mismo que yo: se sentaba y se quedaba observando cómo desplegaba las alas y se las secaba, y la delicadeza con la que las probaba. Me dejó un espacio en su cobertizo para mis botes de orugas. Cuando gané un concurso con mi caja de fritilarias me dio una libra con la condición de que no le dijera nada a la tía Annie. No voy a seguir contando anécdotas, fue como un padre para mí. Cuando tuve aquel cheque en la mano fue en él, aparte de en Miranda, como es lógico, en quien pensé en primer lugar. Le habría comprado las mejores cañas, los mejores aparejos, todo lo que hubiese querido. Pero no pudo ser.

Comencé a hacer quinielas cuando cumplí veintiún años. Todas las semanas hacía la misma apuesta de cinco chelines con

la misma combinación. El viejo Tom y Crutchley, que trabajaban en Contribuciones conmigo, y algunas de las chicas que se juntaban con ellos y hacían una grande siempre me decían que me uniera a ellos, pero soy un lobo solitario y nunca me cayeron muy bien ni el viejo Tom ni Crutchley. El viejo Tom es un rastrojero que no para de dar la murga sobre el gobierno local y de hacerle la pelota a Mr. Williams, el tesorero municipal. Crutchley es un sádico de mente perversa que nunca pierde la oportunidad de hacer una broma a mi costa, sobre todo cuando hay chicas alrededor. «Fred tiene la mirada cansada... seguro que se ha pasado el fin de semana en la cama haciendo guarradas con una Col Blanquecina»,³ solía decir y también: «¿Quién era esa Mujer Maquillada⁴ con la que te vi ayer por la noche?» En ese momento el viejo Tom sonreía con disimulo y Jane, la novia de Crutchley, de Sanidad, pero que estaba siempre en nuestra oficina, soltaba su risita. Ella era exactamente lo opuesto a Miranda. Siempre he odiado a las mujeres vulgares, sobre todo cuando son jóvenes, por eso nunca les he dado pábulo, como me gusta decir.

Fue un cheque de 73.091 libras y algunos chelines y peniques. En cuanto los trabajadores del despacho de apuestas me confirmaron que todo estaba bien llamé a Mr. Williams, era un martes. Aunque lo primero que me dijo fue que se alegraba, que todos se alegraban, se notaba que le sentaba fatal que me marchara de esa forma, a mí no me engañaba. ¡Hasta se atrevió a sugerirme que invirtiera el 5% en un préstamo del concejo! Realmente el Ayuntamiento hace que algunas personas pierdan totalmente el sentido de la medida. Hice lo que me sugirieron los de las quinielas. Lo primero fue marcharme a Londres con tía Annie y Mabel hasta que se calmaron las cosas. Le mandé al viejo Tom un cheque de 500 libras y le dije que lo compariera con Crutchley y los demás. No contesté a ninguna de sus cartas de agradecimiento, se notaba perfectamente que me habían estado tachando de avaro.

3 «Cabbage White» (*Pieris Rapae*). (N. del T.)

4 «Painted Lady» (*Cynthia Virginiensis*). (N. del T.)

La única pega fue Miranda. Cuando gané estaba en casa, en sus vacaciones de la escuela de arte, y sólo la vi durante la mañana del sábado del gran día. Todo el tiempo que pasamos en Londres gastando y gastando como locos, pensé que ya no la iba a volver a ver nunca más, luego pensé que era rico y tal vez ahora podría ser un buen partido como marido, y al instante siguiente me dije a mí mismo que la gente sólo se casa por amor, sobre todo la gente como Miranda. Había momentos en los que pensaba que hasta podía ser capaz de olvidarla, pero olvidar no es algo que se decide, sino más bien algo que te sucede. Y a mí no me sucedió.

Si se es codicioso e inmoral como la mayoría de la gente hoy en día supongo que se puede pasar un buen rato si te entra una gran cantidad de dinero. No es mi caso, nunca he sido así y jamás me castigaron ni una sola vez en el colegio. La tía Annie es una inconformista, jamás me obligó a ir a la iglesia ni nada por el estilo y yo me crié en un ambiente así, aunque a veces el tío Dick iba al pub a escondidas. Después de muchas peleas y tras abandonar el ejército la tía Annie me permitió fumar, aunque nunca le gustó mucho la idea. Incluso con todo aquel dinero no paraba de decir que gastar de aquella manera iba en contra de sus principios, pero yo oía que Mabel se metía con ella cuando me daba la vuelta, por lo que le dije que aquel dinero era mío y que lo que se hiciese con él recaería sobre mi conciencia, así que por mí podía coger todo lo que se le antojara, o nada, si lo que se le antojaba era no coger nada, y que el inconformismo no estaba en principio en contra de aquella actitud, al menos que yo supiera.

Todo esto lo comento porque hubo un par de ocasiones en las que me emborraché cuando estaba en el Cuerpo de Intervención en Alemania, aunque nunca tuve trato con mujeres. De hecho, antes de Miranda la verdad es que había pensado muy poco en las mujeres en general. Sé que no tengo lo que las chicas suelen buscar y conozco gente como Crutchley, que a mí me parece totalmente vulgar, que luego se lleva muy bien con

ellas. Había incluso algunas chicas que trabajaban en el anexo que le miraban de una manera que a mí me resultaba de lo más desagradable, con una especie de crudeza animal que yo no he tenido jamás en mi vida. En realidad estoy contento de haber nacido sin ella, y pienso que si hubiera más gente como yo el mundo sería un lugar mejor.

Cuando uno no tiene dinero suele pensar que las cosas serían muy distintas si lo tuviera. Yo nunca he querido más que lo justo, nada excesivo, pero me parecía que estaba clarísimo que en aquel hotel, a pesar de que nos trataban con respeto, en realidad nos despreciaban por tener todo aquel dinero y no saber ni cómo gastarlo. Entre bastidores seguían tratándome como lo que soy: un simple oficinista. No estaba bien eso de ir tirando el dinero por ahí. En cuanto decíamos o hacíamos algo nos delatábamos de inmediato. Casi podías escucharles diciendo: no nos engaños, sabemos quiénes sois, ¿por qué no volvéis al lugar de donde habéis venido?

Recuerdo una noche en la que salimos a cenar a un restaurante de lujo. Estaba en una de las listas que nos habían dado los de las quinielas. La comida estaba buena y nosotros nos la comimos, pero apenas pudimos disfrutarla por la forma en la que nos miraba la gente y en la que nos hablaban esos relamidos camareros extranjeros y en la que todos los que pertenecían a aquel lugar parecían despreciarnos por no haber tenido la misma educación que ellos. Hace poco leí un artículo sobre el comportamiento de ciertas clases sociales... yo podría decir muchas cosas sobre ese asunto. En mi opinión Londres está organizado para la gente que sale de los colegios de ricos y no es posible llegar a ninguna parte si no te han educado con los modales apropiados o no tienes su acento —es decir, el acento de la gente rica, la de West End, obviamente—.

Recuerdo otra tarde —esto fue después de lo del restaurante de lujo, yo estaba deprimido— en que le dije a mi tía Annie que me apetecía salir a dar un paseo, y eso hice. Me puse a pasear y de pronto pensé que me apetecía estar con una mujer. Quiero

decir que me apetecía poder decir que había estado con una mujer, así que marqué el número de teléfono que me había dado un tipo en la ceremonia en la que me entregaron el cheque. «Por si te apetece un poco de tú ya me entiendes», dijo.

Respondió una mujer: «Estoy ocupada». Le pregunté si podía darme algún otro número y me dio dos. Tomé directamente un taxi a la dirección de la segunda. No contaré aquí lo que sucedió, diré sin más que no fue nada bien. Yo estaba demasiado nervioso. Traté de comportarme como si me supiera aquello de memoria y por supuesto ella se dio cuenta enseguida. Era una mujer vieja y horrible, verdaderamente horrible. Quiero decir horrible en ambos sentidos; en el aspecto que tenía y en su forma de comportarse. Estaba avejentada y era vulgar, como un espécimen tan malo que ni siquiera merecería la pena coleccionarlo. Imaginé que Miranda me veía en aquella situación. Como ya he dicho intenté hacerlo pero fue un desastre, y eso que ni siquiera lo intenté demasiado.

No soy de esa clase de tipos brutos que sólo va tirando, no lo he sido jamás, siempre he tenido aspiraciones más altas, como suele decirse. Crutchley solía decir que hoy en día si quieres algo tienes que luchar para conseguirlo, «mira al viejo Tom», solía decir, «mira de lo que le ha servido ser un pelota». Crutchley era un tipo muy frontal y desenfadado, demasiado en realidad, al menos para mi gusto, y sabía ser pelota en el momento apropiado, sobre todo con Mr. Williams. «Un poco más de alegría, Clegg», me dijo una vez Mr. Williams cuando estaba en Información. «A la gente le gusta una sonrisa o una pequeña broma de vez en cuando», dijo; «no todos hemos nacido con un don para el humor, como Crutchley, pero podemos intentarlo.» Aquello me sacó de quicio. La verdad es que últimamente el anexo me daba un asco de muerte y estaba a punto de marcharme de allí, fuera como fuera.

No soy distinto de los demás, y puedo probarlo. Una de las razones por las que me harté de la tía Annie fue que comencé a interesarme por esos libros que se pueden comprar en el Soho,

libros con fotografías de mujeres desnudas y todo eso. Las revistas todavía las podía esconder pero había libros que quería comprar y no podía por si acaso ella los acababa encontrando. Siempre me había gustado la fotografía. Ni que decir tiene que me compré una cámara, una Leica, la mejor de todas, la que tiene mira telescópica, con todo, al completo. La idea era hacer fotos de mariposas vivas como las del famoso Mr. Beaufoy, aunque a veces me encontraba con cosas que no tenían mucho que ver con la colección. Uno se sorprende cuando descubre lo que hacen algunas parejas en algunos lugares en los que lo más razonable sería no hacerlo. Y claro, también fotografiaba aquello.

Es verdad que el episodio con aquella mujer me disgustó por encima de todo, eso sin contar las otras cosas. La tía Annie, por ejemplo, tenía la ilusión de hacer un crucero marítimo hasta Australia para ver a su hijo Bob y a su tío Steve, su hermano pequeño, y al resto de la familia. Quería que fuera con ella, pero como ya he dicho yo ya no quería ir a ninguna parte ni con mi tía Annie ni con Mabel. No es que las odiara, pero se les notaba inmediatamente lo que eran mucho más rápido que a mí. Y lo que eran ellas resultaba evidente; gente humilde que en su vida había salido de su casa. Por poner un ejemplo: querían todo el tiempo que hiciera todo con ellas y me preguntaban constantemente qué haría yo solo si tuviese una hora para hacer lo que me diera la gana. El día después del episodio que ya he contado les dije lisa y llanamente que no pensaba ir a Australia con ellas. No se lo tomaron demasiado mal, supongo que porque habían tenido tiempo más que de sobra para entender que se trataba de mi dinero.

La primera vez que fui a buscar a Miranda fue unos cuantos días después de ir a Southampton a despedir a la tía Annie, el 10 de mayo, para ser exactos. Yo había vuelto de Londres y no tenía ningún plan. A la tía Annie y a Mabel les dije que a lo mejor me iba al extranjero, aunque en realidad tampoco lo había pensado mucho. La tía Annie estaba realmente atemorizada y

la noche antes de que se fuera tuvo una solemne conversación conmigo en la que me pidió que no me casara en su ausencia, no antes de que ella hubiese podido ver a la novia. Estuvo un buen rato hablando sobre mi dinero y mi vida, sobre lo generoso que había sido y todo eso, pero en realidad me daba cuenta de que estaba aterrada de que me casara con cualquier chica y ellas perdieran todo aquel dinero que tanto las avergonzaba. No se lo reprocho, es natural, sobre todo si tu hija es una tullida. En mi opinión, a la gente como Mabel habría que liquidarla sin dolor, pero ésa es otra cuestión.

Lo que en realidad había pensado hacer (y cuando había viajado a Londres ya me había encargado de hacerme con todo el equipo apropiado) era ir a uno de esos lugares en los que hay aberraciones y especies raras para conseguir algunas series particulares. Es decir, quedarme en alguno de esos sitios todo lo que me diera la gana, y salir a cazar algunas especies y a hacer fotografías. Había estado recibiendo clases de conducir antes de que se fueran y me había comprado una furgoneta especial. Eran muchas las especies que me apetecía conseguir (el Macaón, por ejemplo, la Endrinera y la Hormiguera de lunares),⁵ fritilarias raras como la Heath y la Granville. Algunos especímenes que muchos coleccionistas sólo consiguen una vez en la vida. También quería polillas. Pensé que era un buen momento para ponerme al día con ellas.

Lo que trato de decir es que tenerla a ella como huésped fue algo que sucedió por sorpresa, que no fue algo que yo planeara cuando conseguí el dinero, ni mucho menos.

Como es lógico, cuando la tía Annie y Mabel se quitaron de en medio pude comprar todos los libros que quería. Cuando vi algunos de ellos descubrí cosas que ni siquiera sabía que existían y que, de hecho, me desagradaron mucho porque no se parecían en nada a las cosas que había imaginado que

5 «Swallowtail, Black Hairstreak y Large Blue» (*Papilo machaon*, *Satyrrium pruni* y *Maculinea arion*). (N. del T.)

podíamos hacer Miranda y yo. De pronto comprendí que me había estado haciendo creer a mí mismo que había desaparecido para siempre de mi vida cuando en realidad vivíamos a tan sólo unos kilómetros de distancia el uno del otro (en ese momento yo ya me había mudado al hotel de Paddington) y tenía todo el tiempo del mundo para averiguar dónde vivía. Fue muy sencillo; eché un vistazo a la guía telefónica, busqué la Escuela de Arte Slade y una mañana me puse a esperar a la salida, en la furgoneta. En realidad la furgoneta era el único gran lujo que me había permitido. En el compartimento de atrás tenía un accesorio especial, una cama plegable que se podía abatir para dormir en ella. La había comprado para llevar todo el equipo cuando estuviera en el campo de un lado para otro y recuerdo que también porque pensé que era la única forma de no tener que estar llevando y trayendo a la tía Annie y a Mabel cuando volvieran. No la compré por la razón para la que la usé. La idea surgió más bien de repente, como una revelación genial.

La primera mañana no la vi, pero sí al día siguiente. Apareció rodeada de muchos otros estudiantes, la mayoría de ellos hombres. Mi corazón comenzó a latir a toda velocidad y me sentí mareado. Ya tenía la cámara, pero no me atreví a utilizarla. Estaba exactamente igual que siempre; tenía aquella forma ligera de caminar con aquellos zapatos de tacón bajo que solía llevar. No daba aquellos pasos pequeños, como la mayoría de las chicas. Ni siquiera pensaba en los hombres cuando se movía. Era como un pájaro. Durante todo el rato estuvo hablando con un joven de pelo negro cortado al rape y con flequillo, un corte de lo más artístico. Eran seis en total, pero fueron ella y el joven quienes cruzaron la calle en primer lugar. Yo salí de la furgoneta y les seguí. No fueron muy lejos: a la cafetería.

Entré en aquella cafetería de pronto, ni siquiera sé cómo lo hice, era como si algo me hubiese arrastrado, una voluntad ajena a la mía. Estaba repleto de gente, estudiantes, artistas y ese tipo de personas; casi todos tenían un aspecto medio *beatnik*. Recuerdo que había caras raras y cosas en las paredes. Al parecer era algo africano, creo.

John Fowles afirmaba que una de sus motivaciones para escribir era imaginar a sus personajes en situaciones límite para ver cómo respondían. En *El coleccionista*, considerado el primer *thriller* psicológico moderno, ubicó a los personajes principales en una de las situaciones más extremas imaginables para dos personas, y el resultado fue una novela magistral que ha sido leída por miles de lectores a lo largo de los años. Frederick es un solitario burócrata municipal que colecciona mariposas. Miranda es una radiante e inteligente estudiante de arte. Frederick la secuestra y la aloja con todas las comodidades en un sótano en su propiedad. Fowles recrea un intenso duelo psicológico, físico y cultural donde captor y prisionera intercambian papeles con sadismo, cada cual defendiendo sus propios fines: Miranda desea recuperar su libertad, Frederick quiere ser aceptado como un igual por el objeto de su obsesión.

«No hay una sola página en este libro que no demuestre que su autor es un narrador magistral.»

New York Times Book Review

«Una magnífica primera novela... Como historia de horror, este libro es de una enorme fuerza.»

The New Yorker



narrativa **sextopiso**



9 78 84 15 6010 43